



La noche comienza cinco horas antes, en el chalé de los Hernández. La gigantesca estructura de tres alturas está construida en mitad de una generosa parcela de trescientos metros cuadrados. Tiene diez habitaciones, seis baños, piscina y una cabaña de invitados en la parte posterior, con un techo de cristal desde el que pueden verse las estrellas. Óliver observa la casa mientras él y Cristina atraviesan el acceso principal por el sendero que conduce al porche. Su amiga, enredada en un nuevo cárdigan que no evita que el frío le arañe la piel entre las costuras, avanza a ritmo ligero y sus pasos son acompañados por el quejido de la grava y el susurro de algunos grillos escondidos. Pero hay algo casi imperceptible que reconocen una vez se acercan lo suficiente: un riachuelo de acordes de piano que fluye a través de una de las ventanas de la planta inferior, la que da al salón. Algo en este corto trayecto le resulta encantador. Es una sensación que revive cada viernes y que podría describir casi como *cinematográfica*, como si fuera el protagonista de una de esas películas que veía con sus padres cuando iban al cine. Se siente a salvo y afortunado

compartiendo las últimas horas del viernes con sus dos mejores amigos. Algo que, hasta que no cumplió los diecinueve, no había sabido apreciar.

Cristina llega primero al porche y pulsa con fuerza el timbre. Las notas musicales se detienen al instante y la noche se vuelve silenciosa. Sin embargo, impaciente y con la mandíbula tensa, llama de nuevo, esperando que Álvaro los deje pasar rápido. Óliver la alcanza antes de que el cerrojo se accione y la robusta puerta quede abierta de par en par. Al otro lado, su amigo les hace un gesto para invitarles a entrar.

—Joder, ya era hora. Se me estaban helando hasta los pensamientos.

—Yo también me alegro de verte, Cristina.

—He traído vino —dice Óliver, tendiéndole una bolsa con una botella que ha «tomado prestada» del trabajo.

—Muchas gracias, guapo. —Les besa las mejillas—. Esperadme en el salón, no tardo nada.

—¿No te echamos una mano?

Álvaro niega con la cabeza.

—No os preocupéis, lo tengo todo bajo control.

—Lo que más le gusta en el mundo —murmura Cristina a Óliver, sin que Álvaro llegue a escucharla.

Cuelgan las chaquetas en el recibidor y recorren el vestíbulo disfrutando del calor de la casa. Álvaro se escabulle y Óliver intuye que, para evitar hacerle un feo en directo, va a intercambiar discretamente su vino del videoclub por uno de esos carísimos que su familia guarda en un mueble de la cocina. Cuando Álvaro aparece por fin, lleva tres copas cargadas de tinto. Óliver y sus amigos brindan y dan un largo trago.

Efectivamente, piensa Óliver degustándolo, tal y como sospechaba.

—Podrías haberte arreglado un poco para la ocasión, ¿no crees? —riñe Cristina a su anfitrión.

—¿Por qué iba a hacer eso? Solo veníais vosotros. Y estaba practicando.

—Vaya —dice Óliver, fingiendo estar ofendido—, solo éramos *nosotros*, unos simples mortales...

Álvaro lanza un suspiro.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Te hemos oído —le aclara ella, observando el piano de cola negro que junto a la chimenea. Es un instrumento muy valioso, un Yamaha que Álvaro heredó de su abuelo. Óliver podría afirmar que su amigo ha pasado más horas sentado frente a él que en los pupitres del instituto—. Sonaba muy bien. Aunque debes de ser el único pianista del mundo que toca en chándal de diseñador.

—Lo que tú digas. —Álvaro hace un gesto de desdén con la mano—. Es cómodo.

—¿Por fin has vuelto a componer?

—Qué va, Óli, ya me gustaría. Estaba tocando Coldplay. Últimamente estoy en bucle y... No sé, he sacado los acordes de oído porque eran bastante evidentes. —Álvaro empieza a entonar, con su voz rasposa—. *We live in a beautiful world. Yeah, we do, yeah, we do...*²

—Oh. Pensaba que estabas más inspirado últimamente, por todo lo de Eric y eso. Por cierto, ¿cuánto más vas a tardar en ponernos al día sobre el tema? —dice Cristina.

La sonrisa amable de Álvaro sufre una pequeña fractura. Es casi imperceptible, pero Óliver lo nota al momento. Eso se

2 Vivimos en un mundo bello / Sí, lo hacemos. Sí, lo hacemos / *Don't Panic*, Coldplay

le da muy bien. La pregunta es inofensiva pero desafortunada. Álvaro se recuesta un poco en el sofá en forma de L y da otro trago antes de contestar:

—Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir.

Silencio.

—Entonces lo has hecho —afirma ella—. Lo has cortado de raíz.

Óliver observa que la mitad de la copa de Álvaro ya se ha evaporado. No puede evitar imaginarse el torbellino de pensamientos catastróficos que deben estar asaltando a su amigo. A veces a Álvaro le pasa eso, se mete en un túnel oscuro de ideas, y Óliver no sabe cómo sacarlo de allí, pero siempre lo intenta. Recuerda la última conversación que tuvieron, cuando le contó que últimamente no podía dormir bien y tenía un sueño recurrente. Que veía su casa deshacerse en pedazos para sepultarle, sacudida por una fuerza que hacía que todo se viniera abajo sin remedio y que, curiosamente, lo único que se mantenía intacto de toda esa catástrofe era el piano, que seguía ahí, como si aquel objeto fuera consciente de lo mucho que el chico lo necesitaba y le prometiera no moverse para que siempre pudiera acudir a él. Para no quedarse solo.

Óliver se aclara la garganta y añade:

—Más bien ha ocurrido todo lo contrario, ¿verdad? —Trata de ser cuidadoso y embalsama sus palabras con un halo de comprensión, porque sabe que ahora mismo camina sobre un puente en el que su amigo lleva semanas paseando de un lado al otro, que cruje por el peso que soporta y podría ceder en cualquier momento.

Los ojos castaños de Álvaro se posan en los suyos, y eso le basta a Óliver para encontrar la respuesta que buscaba. Así

ha sido desde que tenían diez años, cuando Álvaro se mudó al pueblo por el trabajo de sus padres y llegó a su vida. Era uno de los pocos chicos de la clase que no se metían con él por a) ser enclenque, b) dibujar durante el recreo en vez de jugar al fútbol y c) ser el típico preguntón que prefería entender las cosas en clase antes que irse a casa con alguna duda. Tardaron unas semanas en hacerse amigos. Óliver, que no era muy hablador, descubrió que Álvaro decía más con gestos que con palabras. Sus primeras conversaciones fueron saludos incómodos o preguntas concretas, como: «¿Me dejas un lápiz?». Hasta que una mañana, Álvaro observó el dibujo que Óliver había hecho en su libreta, en donde aparecía Sergi, el *bully* de su clase, siendo devorado por una horda de tiburones.

—Se te da bien, ¿eh? —le dijo—. Hasta has clavado la nariz que tiene y todo.

Óliver se puso tan rojo que ni pudo responder.

—Perdona, no quería molestarte.

—No pasa nada, pero... —susurró el pelirrojo—. No te chivará, ¿verdad? A la profe, digo.

—¿Chivarme? —Álvaro soltó una risa espontánea y sincera—. Tranquilo, no lo haré. Sergi es un imbécil. ¿Y si añades una serpiente gigante para que le muerda el pito?

Y así empezó todo. Óliver le presentó enseguida a Cristina, a quien conocía desde primero. Y todo sea dicho, a su amiga le llevó un tiempo asumir que tendría que compartir su amistad en un trío que ella no había buscado.

La primera vez que Álvaro lo invitó su casa, Óliver no pudo contener su asombro. Aquel lugar era un palacio, todo brillante y con muebles recién comprados. Pero, a los pocos meses, descubrió que la bonita vida de su nuevo amigo no era tan perfecta como parecía. Cuando Cristina no quedaba con

ellos (porque quería prepararse un examen con semanas de antelación), Álvaro invitaba a Óliver a ver una película de terror en su habitación. Con *Scream*, *Sé lo que hicisteis el último verano* o *El exorcista* de fondo, el mundo parecía desaparecer y Álvaro se descorchaba ante su amigo como una botella.

—Sabes que Cristina me cae genial, pero... Siento que esto solo puedo contártelo a ti. ¿Tiene sentido?

Óliver asentía y escuchaba a su amigo. Eso se le daba bien, mucho mejor que hablar de lo que sentía por dentro. Cuando te hacías mayor aprendías a manejar las molestias por ti mismo. Era así, ¿no? Y Óliver ansiaba crecer cuanto antes para dejar atrás esa pregunta que lo perseguía desde hace años: ¿qué tendría que hacer cuando fuera mayor, cuando fuera adulto?

Entendía que al alcanzar los veintimuchos, las cosas se ordenarían solas de algún modo, y esa sensación vertiginosa, de incertidumbre que le hormigueaba el pecho, se desvanecería para siempre. Había estado preparándose desde que empezó la secundaria, ocultándole a sus padres que sus compañeros seguían riéndose de él, que no sabía qué querría hacer después de la selectividad, que Isaac había dejado de llamarlo cada noche, o que la palabra *futuro* le conducía a una imagen vacía, como una cámara sin carrete.

Había aprendido a decir que estaba bien cuando le preguntaban qué tal?, pero con Álvaro y Cristina seguía haciendo lo contrario. Daba forma a sus sentimientos. Eran pequeños eclipses de sinceridad, igual que los dibujos de lugar imaginarios que hacía en su libreta con los que trataba de escapar de su realidad. Óliver sabía que sus amigos, a su manera, estaban pasando por lo mismo, y que cuando estaban juntos dejaban de sentirse perdidos.

—Así es, Óliver, ha pasado justo lo contrario —dice su amigo, devolviéndole al presente.

Se acaba la copa de un trago.

—¿Pero Eric no estaba...? —pregunta Cristina.

—¿Prometido? Sí. Lo está. Y no te sabría explicar muy bien por qué, pero no quiero rayarme y buscar motivos. Ha ocurrido y ya está. Si te soy sincero, hacía tiempo que no conocía a alguien que me despertara tanta curiosidad.

Estaban hablando de Eric, el nuevo jardinero de la familia de Álvaro. De origen rumano, con papeles españoles y curtido como jornalero en época de cosecha. Todo un ejemplo de superación, un inmigrante *de los que aportan cosas al país*, como había dicho el padre de Álvaro en una ocasión. Eric cuidaba del jardín y también se ocupaba del mantenimiento de la casa cuando los dueños estaban de viaje por trabajo y dejaban a su hijo solo (algo bastante frecuente).

—Pero sabes de sobra que no le estás haciendo ningún favor —señala Cris—. Quiero decir, tiene a alguien esperándole en casa cuando termina de trabajar en la tuya. Y acostarte con él... no va a ponerlos las cosas más fáciles a ninguno de los dos.

—Ya sabes que me aburren las cosas fáciles —contesta él en tono sarcástico.

—Pero es que Eric no es una cosa, Álvaro, es una persona. Estás interfiriendo en una relación.

Óliver bebe de su copa y no interviene en el tira y afloja de sus amigos. No le gusta decir algo en voz alta y que sus palabras puedan herir a alguien que le importa. Él entiende la postura de ambos. Entiende la frustración de Cristina y que odie que Álvaro se haya encaprichado de Eric como si fuera una chaqueta nueva o una figurita para decorar su habitación. Por otra parte, también percibe la desesperación de Álvaro, tan evidente que podría

dibujarla si se lo propusiese, ansioso por sentir el afecto que no ha tenido en su propia casa y que ha tratado de suplir con la atención de Eric desde que lo contrataron.

—Cris, sabes que te quiero y aprecio tu opinión —suspira Álvaro—, pero ya tengo una psicóloga que me recuerda lo jodido que le parece todo esto. Me gustaría que ahora fueras solo mi amiga, la verdad.

—Y justo porque soy tu amiga no me importa tener que decírtelo las veces que hagan falta.

Álvaro se levanta para acercarse al piano. Toca algunas teclas de forma aleatoria, acordes graves y profundos, como el sonido de una avalancha. Óliver aprovecha para mirar a Cristina y le hace un gesto negativo con la cabeza para que aborte misión. Álvaro no quiere hablar más y ella no puede forzarle. Tras unos segundos incómodos, Cristina vacía su copa.

Álvaro levanta un dedo, de pronto.

—Acabo de tener una gran idea. ¿Os apetece ir a dar una vuelta?

—¿Una vuelta? —se ríe Óliver—. Tú no has sacado la mano por la ventana, ¿verdad? Hace un frío horrible.

Su amigo se gira sobre sí mismo. Cualquier atisbo de seriedad se ha desvanecido, y ahora les dedica una amplia sonrisa.

—No estaba ofreciéndoo un paseo por el bosque, Óli. Hablo de un local nuevo. Acaba de abrir y conozco al Puertas, que es básicamente el San Pedro de las discotecas. Si te arrodillas y se lo pides por favor, estás dentro. Y os aseguro pase VIP, sin nada de colas.

—¿Quieres salir de fiesta?

—*Queremos* —matiza Álvaro con una sonrisa burlona.

Óliver y Cristina se miran. Está seguro de que ella rechazará la propuesta.

—Me parece bien. Pero no tengo un duro y, la verdad...

—Yo os invito. Habrá que celebrar que mis padres me han desbloqueado la tarjeta, ¿no? Y animar un poco a nuestro Óli. Que le den a Isaac, ¿me oyes? ¡Que le den!

Y, antes de que Óliver pueda decir nada, Álvaro se sienta al piano con agilidad y empieza a aporrear las teclas mientras canta a viva voz:

*Isaac, Isaac, maldito cabrón,
Vamos a bebernos la noche
El Óli y la Cris, a bailar sin reproches.
Mi amigo te da mil vueltas
Ojalá te atropelle un coche
Tremendo, tremendo cabrón...*

Óliver casi se atraganta y se tira la copa a causa de la risa. Y de pronto todo le parece estupendo. La piel le vibra, sus mejillas están cálidas y la compañía de sus amigos le hace sentirse bien. Le hace sentir que todo va a salir bien.



Tardan algo más de media hora en llegar. Y es al bajarse del vehículo cuando las pupilas de Óliver, al igual que toda la entrada del recinto, quedan teñidas de un color rosa eléctrico. El edificio no es demasiado alto y debido a su aspecto industrial, las ventanas opacas y la fachada descascarillada, nadie diría a primera vista que es una discoteca. Lo corona un letrero luminoso con letras rectas y mayúsculas:

BIENVENIDOS A INFIERNO

A los cinco minutos ya están dentro. Parece que Álvaro no mentía cuando decía conocer al Puertas, un *tiarrón* de casi dos metros a quien besa en la mejilla antes de que les dé acceso y sofoque el abucheo de los que están en la cola. El ritmo de la música a todo volumen los precede y, al descender el último escalón, se topan con una marabunta de personas en una gigantesca sala construida a varias alturas. Las paredes, recubiertas de un material reflectante, destellan tonos rojizos y anaranjados. Antes de dirigirse a la barra, Óliver siente que él y sus amigos están bailando en el corazón del infierno.

Álvaro paga la primera ronda y después las tres siguientes. Mezclan sabores, que se deslizan por sus gargantas y les queman como si fueran vampiros con agua bendita. El tiempo termina por fracturarse y la noche se convierte en un caleidoscopio. En algún momento, Álvaro sale a fumar y es entonces cuando Cristina se lanza a hablar. Y vaya si lo hace, dándole vueltas y más vueltas a la conversación que han tenido en casa de Álvaro.

—¿Por qué no le has dicho nada antes? —se queja.

—¿A qué te refieres?

—Siempre quedo yo como la mala, Óli. Pero sabes que Álvaro se está metiendo en un buen lío.

—Cris, tú no eres mala, pero ya le conoces. Álvaro no piensa tanto en si algo está bien o mal. Es impulsivo. Se atreve más a equivocarse, supongo.

—Ya, bueno. Yo también podría ser una persona más impulsiva si tuviera una tarjeta mágica a la que acudir si hiciera alguna estupidez. —Cris se aparta su larga melena hacia un

lado. Algunas gotas de sudor le brillan en la clavícula como si llevara un collar de perlas—. Y hablando de estúpidos, ayer vi a Isaac en el tren. Me reconoció, claro, pero agachó la cabeza y se bajó un par de paradas antes que yo.

Cuando Óliver escucha ese nombre, intenta mantener la sonrisa que el tequila le ha dibujado en la cara. Asiente y mira hacia el otro lado de la barra, donde un camarero está haciendo malabarismos con una coctelera.

—Quizás haya tenido que buscarse a otro en el pueblo de al lado —responde él, tratando de que ninguna sensación triste se le aferre y terminándose el último chupito de la tabla.

—Oye, va... No tendría que habértelo comentado —dice Cristina, poniéndole la mano en el hombro—. Escucha, voy un momento al baño. Espérame aquí y luego bailamos hasta romper el suelo, ¿vale?

Él asiente con la barbilla apoyada en el puño y su amiga se aleja de allí, dejando estelas en el aire como una película a pocos fotogramas.

Y algo hace clic, como si fuera la última pieza de un puzle. De los altavoces, empieza a sonar una de sus canciones favoritas. Le pilla desprevenido, pero mira los vasos vacíos sobre la barra y recuerda por qué está aquí. Esta noche quiere disfrutar, olvidarse del mundo que lo rodea, así que se escabulle entre la multitud. Baja un par de escalones y se sumerge en el mar de vida que es la pista de baile. La voz de Texas y las campanadas de su éxito *Summer Son* lo mueven en todas las direcciones, como si una corriente invisible lo zarandease con suavidad. No se plantea cómo baila. Seguro que lo está haciendo fatal, pero eso ahora no le importa demasiado. Allá donde mire, ve luces brillantes y abrasadoras. Algunas parejas se besan con fuerza, mordiéndose los labios como si disfrutasen de

una fruta madura. Óliver puede sentir la euforia a su alrededor y trata de aferrarse a ella como si fuera suya. Se siente vivo, olvidándose de las últimas semanas, meses, del último año y medio. Cada día ha sido una copia grisácea del anterior. Ya no recuerda cómo eran los colores o cuándo comenzaron a desvanecerse. Se olvida de Isaac, de que ya no están juntos, de esa llamada que lo cambió todo. La música electrónica desdibuja su rostro.

Entonces, cuando la canción llega al último estribillo, abre los ojos el tiempo suficiente para percatarse de que, a un par de pasos, una figura le observa. Óliver mira en todas direcciones, pero acaba confirmando que los ojos del muchacho están anclados en él. Sonríe y el desconocido lo imita como si fuera un reflejo, aunque no se parecen en nada. Le gustan los tatuajes de sus brazos y los mechones blancos esparcidos por su cabello. Es claramente más mayor que él, aunque le resulta imposible apostar por una edad. Lleva un fino cordel metálico colgado al cuello que se enreda entre los dedos de la mano izquierda, mientras que en la derecha sostiene una bebida verdosa.

Cuando están lo suficientemente cerca el uno del otro, el chico trata de decirle algo, pero Óliver no logra escucharlo, así que el desconocido termina inclinándose hacia él. Desprende un olor fuerte a alcohol, cuando su boca se mueve y le roza el lóbulo de la oreja con la lengua. Ya no es un desconocido porque le ha dicho su nombre. A él, de entre todas las personas que hay en este sitio. Óliver también le dice el suyo. El pulso se le acelera. Los dos sonríen, eufóricos, justo antes de besarse.